

LA LOMBRIZ QUE SE ENAMORÓ DEL ARCO IRIS

Asja Schalekamp

Había una vez una lombriz, una lombriz de tierra de esas rojiza y larga. Las lombrices construyen túneles debajo de la tierra, haciendo que esta esté siempre esponjosa y suelta. Los campesinos saben que son beneficiosas para sus campos de cultivo. Porque cuando el terreno está blandito y húmedo, las plantas pueden meter muy adentro sus raíces creciendo así sanas y sabrosas.



Nuestra pequeña lombriz vivía con su familia en un campo de zanahorias. Un día sacó su cabecita por entre las verdes hojas. Había llovido y la tierra estaba mojada y olía a húmedo. El sol estaba recuperando sus fuerzas y a lo lejos se veía un bonito arco iris con sus siete colores.

La lombriz, que nunca había visto un arco iris, se quedó maravillada.

- ¡Ooh! exclamó, un ¡gusano de colorines!

Su madre, que le había escuchado, le dijo:

- Pero si esto no es un gusano, tonta.



Pero la lombriz no escuchaba a su madre. Sacó el resto de su alargado cuerpo de la tierra y se dirigió hacia el arco iris.

- ¿A dónde vas? Le preguntó su mamá.
- Me quiero casar con este gusanito de colores, contestó la lombriz. Me he enamorado.

La mamá lombriz se llevó las patitas a la cabeza y las demás lombrices, que salían de sus agujeritos, se revolcaban por la tierra húmeda de la risa que les dio.

- ¡Se ha enamorado del arco iris, ji, ji, ji rieron.

A la lombriz le daba igual que se riesen de ella. Siguió su camino entre las zanahorias. Pero el arco iris estaba muy lejos, parecía que no llegaría nunca.

- ¡Eeh! gritó la lombriz, ¡gusanito de colores, soy una lombriz de tierra y quiero conocerte! Pero el arco iris no contestaba. Al contrario; parecía que iba desapareciendo poco a poco. Tampoco se veían nubes. La tormenta había pasado.



La lombriz tuvo que volver a la fresca humedad de la tierra. Pensó que al gusanito de colores también le debía de molestar los fuertes rayos de sol, ya que había desaparecido por completo. Quizás viviese en alguna plantación de lechugas o de patatas.

Cuando regresó a su casita, las demás lombrices se burlaron de ella.

- ¿Ya te has casado con el gusanito de colores? Preguntaron.

Pero la lombriz no les hizo caso, se fue a dormir y soñó que se casaba y que sus amiguitas se morían de envidia.

Los días siguientes hizo mucho sol y el arco iris no se presentó. Pero al quinto día volvió a llover y muy fuerte. La lombriz se despertó muy de mañana y percibió el olor a tierra mojada. Rápidamente se deslizó hacia arriba. Sacó su cabecita al exterior. El gusanito de colores todavía no había aparecido.

Esperó un rato al lado de una gran zanahoria. Por fin dejó de llover y salió un tímido sol. La lombriz miró hacia todos los lados. ¿A dónde estaba? ¡Ah, ya la veía!

- ¡Ei, hola! saludó la lombriz.

Y, ¡oh sorpresa!, el gusano de colores les contestó con voz clara y cristalina.

- Buenos días preciosa lombriz.

Ui, la lombriz se puso toda colorada. Pero como era muy atrevida, le preguntó:

- ¿En que campo vives tú?

- No vivo en ningún huerto, vivo en las gotas de lluvia y en los rayos de sol, por eso tengo tantos colores.

A la lombriz le pareció tan bonito lo que había oído, que le entraron muchas ganas de estar con el gusano de colores.

- ¿Cómo puedo llegar hacia ti?, preguntó

- No lo sé, intenta acercarte contestó el arco iris.



La lombriz no lo dudó ni un segundo. Salió de la tierra que siempre le había protegido y empezó a arrastrarse hacia donde estaba el gusano de siete colores. Su familia la llamaba y le gritaban que volviese, que no hiciese ninguna tontería. Pero la pequeña lombriz no les hizo caso.

Se deslizó por todo el sembrado de zanahorias y atravesó un campo de lechugas. Estaba cada vez más cerca de su destino. Un extremo del gusano de colores parecía que saliese justo en un huerto de coles y coliflores. Hacia allí se dirigió. Pero cuanto más se aproximaba, el gusano iba perdiendo sus colores. Y cuando estuvo en medio de las coliflores, el arco iris había desaparecido.

- ¿Dónde estás? Preguntó la lombriz.

- Estoy aquí, justo delante de ti.

- No te puedo ver, ni te puedo tocar, exclamó desesperada la lombriz.

- Pero yo si que te veo, dijo suavemente el gusano de siete colores. Tú solo me puedes sentir. ¿No notas la lluvia y al mismo tiempo el calorcito del sol? Ese soy yo.

Si, la lombriz sonrió. Sentía las miles de finas gotitas que le patinaban por la cabeza y su alargado cuerpo, también notaba los tímidos y tibios rayos de sol que atravesaban la suave llovizna.

- ¡Que precioso que eres! gritó emocionada la lombriz. Quiero casarme contigo. ¿Cómo podría llegar hacia ti?
- No lo se, respondió el arco iris. Quizás un pájaro podría llevarte.
- Uy, no, rió la lombriz. ¿No sabes que somos el plato favorito de los pajaritos?



Justo al lado de ellos había un árbol donde moraban un montón de pajarillos. Algunos cantaban alegremente y otros discutían los chismes del día. Uno de ellos había seguido la conversación de la lombriz y el arco iris.

- ¡Ei! les llamó, yo te puedo llevar.

La lombriz, al oírlo, se escondió rápidamente dentro de la tierra.

- Je, je, se rió el pájaro, no te preocupes. Ya he comido, estoy lleno. No necesito comer más. Quizás por la tarde tendré más hambre.

La lombriz sacó su redonda cabecita.

- ¿Seguro?, preguntó todavía un poco asustada. ¿Puedo fiarme de ti?
- Tu misma pequeña lombriz. Dentro de unas cuantas horas no te podré asegurar nada. Pero en estos momentos no me cabe ni una semillita dentro de mi buche.
- De acuerdo, dijo la lombriz. Llévame hacia arriba del todo.

El pajarillo bajó hacia el suelo, abrió el pico y con mucha delicadeza cogió a la lombriz. Esta se agarró como pudo al duro pico.

Subieron hasta llegar dónde el gusano de colores formaba un gran y redondeado arco. La lombriz estaba muy emocionada. De vez en cuando percibía algún color; el verde, el azul. Y si se alejaban un poco, podían ver el rosa, el rojo y el naranja.

- ¡Mira! gritaba, el amarillo y el lila. ¡Qué bonito!

El pájaro bajaba y subía, se acercaba y se alejaba. La lombriz reía y el arco iris también reía. Pasaban a través del color azul y salían por el color naranja y después entraban por el color verde y salían por el amarillo.

- Eres muy divertida lombriz, le decía el arco iris, me lo estoy pasando muy bien.
- Me gustaría quedarme para siempre contigo exclamaba feliz la lombriz.



Pero la fina llovizna se fue convirtiendo poco a poco en lluvia fuerte. Los colores del gusano eran cada vez más pálidos.

- No es posible, le contestó el arco iris. Tu eres una lombriz y yo soy un arco iris que solo existo cuando coinciden lluvia y sol. Pero te daré un regalo y siempre me verás desde tu campo de zanahorias. Vete antes de que desaparezca del todo y antes de que tu pajarito vuelva tener hambre.

La lombriz estaba triste, pero también estaba contenta ya que había estado con el gusano de colores. Se despidieron.

- Te llevaré a tu casa, le dijo el pajarillo mientras se disponía a volar hacia el hogar de su pequeña pasajera.
- ¿Y mi regalo? Preguntó la lombriz al arco iris.
- Ya verás, contestó el nuevo amigo de la lombriz. A su tiempo tendrás tu regalo.

Su voz apenas se oía, la lluvia se estaba convirtiendo en un diluvio que fue borrando uno a uno sus preciosos colores.

Pero que sorpresa se llevaron los familiares y amigas de la pequeña y enamorada aventurera colgadita del pico de un pájaro. Una gran sonrisa se dibujaba en su carita redondeada.

Al cabo de un tiempo la lombriz se casó con un gusanito apuesto y simpático y tuvo hijitos. Pero vaya sorpresa se llevó cuando descubrió cual era el regalo sorpresa del arco iris: las recién nacidas lombrices no eran de color rojizo como las demás, ¡sino de colorines! ¡Tenían todos los siete colores del arco iris!





Un día que llovía y que el sol intentaba salir por detrás de las nubes, la mamá lombriz y sus pequeñines de colores salieron de dentro de la húmeda tierra entre las zanahorias color naranja. Cerca de las montañas se veía el resplandeciente arco iris.

- ¡Eeh!, llamó la lombriz.
- ¡Eeh. Corearon las lombrices de siete colores.
- ¡Gracias por el regalo!, exclamó la orgullosa mamá.
- ¡De nada!, respondió el arco iris.

Se reía. Eran igualitos que el, pero más pequeñitos y redonditos. Se deslizaban rápidos por los apelmazados terrones de tierra.

El campesino que al día siguiente vino a sacar su cosecha de zanahorias, no se lo podía creer, cuando entre la tierra removida, vio ondularse una pequeña lombriz de colores brillantes: Rosa, lila, azul, verde, amarillo, naranja y rojo. Vaya, pensó, siete colores. ¡¡Seguro que me dará suerte!!

FIN